

Washington Square **Henry James**



Catherine Sloper no es muy inteligente ni muy atractiva. A pesar de ello, Morris Townsend la encuentra absolutamente irresistible, no tanto por su nobleza y bondad como por la fortuna que está destinada a heredar. Townsend no tiene dificultades en seducir a Catherine, pero se encuentra con la oposición de su padre, el doctor Sloper, que no se deja engañar por las apariencias y lo considera un desaprensivo cazafortunas.

Washington Square (La heredera), de 1881, ambientada en Nueva York, es una intensa y conmovedora historia sobre lealtades divididas e inocencia traicionada y es, también, como dijo Graham Greene, «quizá la única novela en la que un hombre ha invadido con éxito el terreno femenino consiguiendo una obra comparable a las de Jane Austen».

1

Durante una porción de la primera mitad de la centuria presente, y más particularmente durante la última parte de ella, ejerció y prosperó en la ciudad de Nueva York un médico que gozó, quizás, de una excepcional parte de la consideración que en los Estados Unidos se ha tributado siempre a los miembros distinguidos de la profesión médica. Dicha profesión ha sido siempre muy honrada en Norteamérica, y con más éxito que en otros lugares, ha reclamado para sí el epíteto de «liberal». En un país donde, para tener un papel en sociedad, hay que ganarse la vida o hacer creer que se la gana, el arte de curar ha reunido en sí dos reconocidas fuentes de orgullo. Pertenece al reino de la práctica, que en los Estados Unidos significa una gran recomendación; y está tocado por la luz de la ciencia —mérito apreciado en una comunidad donde el amor a la sabiduría no ha ido siempre acompañado por las comodidades y la oportunidad.

Uno de los elementos de la reputación del doctor Sloper era que su sabiduría corría pareja con su habilidad; era lo que podía llamarse un doctor erudito, y, sin embargo, en sus remedios no había nada abstracto; siempre recomendaba a sus enfermos que tomaran algo. A pesar de ser muy escrupuloso, no era un teórico molesto; y aunque a veces explicaba con mayor minuciosidad de lo que necesitaban sus pacientes, nunca llegaba —como se sabe que hacen los médicos— a confiar sólo en sus explicaciones, y siempre

dejaba una prescripción inescrutable. Hay médicos que dejan la prescripción sin explicar nada, pero él no pertenecía a esta clase, que es, después de todo, la más vulgar. Se verá claramente que estoy describiendo a un hombre inteligente; y por esta razón, el doctor Sloper se convirtió en celebridad local.

En la época de que vamos a ocuparnos, era un hombre de unos cincuenta años, y su popularidad había llegado a su apogeo. Era muy ingenioso, y en la mejor sociedad de Nueva York se le consideraba como un hombre de mundo, cosa que realmente era. Me apresuro a añadir, para evitar cualquier malentendido, que no era un embaucador. Era un hombre completamente honrado —honrado hasta un grado que no había tenido ocasión de demostrar— y, dejando a un lado la buena voluntad del grupo donde ejercía, que se jactaba de poseer el «mejor médico» del país, diariamente justificaba los talentos que le atribuía la voz popular. Era un observador, incluso un filósofo, y el ser brillante le resultaba tan fácil y natural, que nunca pretendía hacer efecto, ni usaba ninguna de las argucias de los que tienen una fama menos merecida. Hay que confesar que la fortuna le había favorecido y que su camino había sido llano. A la edad de veinticinco años se había casado, por amor, con miss Catherine Harrington, una encantadora muchacha de Nueva York que, además de sus encantos, le había traído una considerable dote. Mrs. Sloper era amable, llena de gracia, hábil y elegante, y en el año 1820 era una de las muchachas bonitas de la pequeña, pero prometedor capital, formada en torno a Battery, dominando la bahía, y cuyo límite superior eran las praderas del Canal Street. Incluso a los veintisiete años Austin Sloper se había destacado lo suficiente para mitigar la anomalía de haber sido elegido entre una docena de pretendientes por una joven de sociedad, que tenía diez mil dólares de renta y los ojos más lindos de la isla de Manhattan. Dichos ojos, y varios de sus acompañamientos, fueron durante cinco años motivo de

satisfacción extrema para el joven médico, que era, a la vez, un marido devoto y feliz.

El hecho de haberse casado con una mujer rica, no modificó en nada la línea que se había trazado, y se dedicó a cultivar su profesión con la misma tenacidad que si no tuviese más que la modesta herencia de su padre, la cual tenía que compartir con sus hermanos. Su finalidad no era sólo ganar dinero, sino aprender algo y hacer algo. Aprender algo interesante y hacer algo útil: aquél era el programa que se había trazado, y el accidente de que su esposa le hubiese traído una buena dote no lo modificaba. El médico amaba su profesión, y el ejercitar una habilidad de la cual sedaba una completa cuenta, y como era una verdad tan evidente que sólo podía ser médico, persistió en ejercer la medicina, en las mejores condiciones posibles. Ciertamente que su buena situación económica le ahorró gran cantidad de trabajos penosos, y que las amistades de su esposa le proporcionaron gran número de esos pacientes cuyos síntomas, si no son más interesantes que los de los pacientes de las clases humildes, al menos se muestran con una consistencia mayor. El médico deseaba experiencias, y en el curso de veinte años las tuvo en gran cantidad. Hay que añadir que las experiencias fueron muy diversas, y que fuera cualesquiera su valor intrínseco no fueron del todo afortunadas. Su primer hijo, un varón que prometía mucho, según el doctor, que no era muy dado a los entusiasmos fáciles, murió a los tres años, a pesar de toda la ternura de su madre y la ciencia de su padre. Dos años después, Mrs. Sloper dio a luz, por segunda vez, una niña, cuyo sexo, en opinión del doctor, la convertía en un sustituto inadecuado de su llorado hermanito. La niña fue una decepción, pero esto no fue lo peor de todo. Una semana después del parto, la joven madre, que hasta entonces se había sentido bien, presentó alarmantes síntomas, y antes de que hubiese transcurrido otra semana, Austin Sloper quedaba viudo.

Para un hombre cuya misión era conservar viva a la gente, no había tenido gran éxito con su familia; y el médico que en tres años pierde su hijo y su mujer, debe disponerse a ver discutidos sus afectos y su habilidad. Sin embargo, nuestro amigo escapó a las críticas; es decir, escapó a todas las críticas menos la suya, que era la más competente y formidable. Durante el resto de sus días vivió abrumado por el peso de su propia censura, y conservó las cicatrices que le había producido la mano más fuerte que conocía, la noche siguiente a la muerte de su esposa. El mundo, que, como hemos dicho, le apreciaba, se compadeció demasiado para ser irónico; su desgracia le hizo más interesante, e incluso le ayudó en su fama. Se dijo que también las familias de los médicos tenían que sufrir las más insidiosas formas de la enfermedad, y que, después de todo, al doctor Sloper se le habían muerto otros pacientes aparte de los dos mencionados, lo cual constituía un precedente honorable. La niña vivió; y aunque no era lo que el doctor deseaba, su padre se propuso sacar el mayor partido posible de ella. Poseía un caudal intacto de autoridad, del cual la niña disfrutó grandemente en sus primeros años. Le pusieron el nombre de su madre, y desde el comienzo el doctor no la llamaba más que Catherine. La niña creció fuerte y saludable, y su padre, al mirarla frecuentemente se decía que, al menos, tal como estaba, no temía el riesgo de perderla. Digo «tal como estaba» para decir la verdad... Pero ésta es una verdad que no voy a contar por ahora.

2

Cuando la niña cumplió diez años, el doctor invitó a su hermana, Mrs. Penniman, a que viniese a vivir con él. El doctor tenía dos hermanas, que se habían casado muy pronto. La más joven, llamada Mrs. Almond, era esposa de un próspero comerciante y madre de una lozana familia. Ella era también una mujer lozana y razonable, favorita de su brillante hermano, que en materia de mujeres, aun cuando fuesen de su familia, era hombre de definidas preferencias. El médico la prefería a su hermana Lavinia, que se había casado con un pobre sacerdote, de constitución enfermiza y florida elocuencia, que a la edad de treinta y tres años la había dejado viuda —sin hijos ni fortuna—, únicamente con el recuerdo de los discursos de Mr. Penniman, cuyo vago aroma impregnaba la conversación de ella. A pesar de esto, el médico le ofreció su casa, y Lavinia aceptó con la alegría de la mujer que ha pasado diez años de su vida matrimonial en la ciudad de Poughkeepsie. El doctor no le había propuesto que fuese a vivir allí indefinidamente; le sugirió que viviese en su casa mientras encontraba un lugar donde vivir. Es dudoso que Mrs. Penniman buscase casa, pero es indudable que no la encontró. Se instaló en casa de su hermano y no volvió a salir de ella, y cuando Catherine cumplía los veinte años, su tía Lavinia era uno de los más notables aspectos de su *entourage*. Mrs. Penniman decía que había venido para encargarse de la educación de su sobrina. Al menos había dado esta versión a todo el mundo menos al

doctor, que nunca pedía explicaciones que podía inventar cualquier día. Además, Mrs. Penniman, aunque poseía una gran cantidad de seguridad artificiosa, evitaba, por indefinibles razones, el presentarse ante su hermano como una fuente de instrucción. No tenía un acusado sentido del humor, pero sí el suficiente para impedir que cometiese tal error; y por su parte, su hermano poseía lo bastante para excusar el que viviese a costa suya durante una considerable parte de tiempo. Por lo cual asentía tácitamente a la declaración de Mrs. Penniman de que la pobre huérfana tenía que tener junto a ella una mujer brillante. El asentimiento era sólo tácito, pues el médico no había quedado nunca deslumbrado por el brillo intelectual de su hermana. Excepcionalmente cuando se enamoró de Catherine Harrington, jamás le habían deslumbrado las características femeninas; y aunque era lo que se llama un médico de señoras, no tenía una gran opinión del complicado sexo. Consideraba sus complicaciones más curiosas que edificantes, y tenía una idea de la belleza de la razón, que, en su mayoría, había recibido escasa recompensa por lo observado en sus pacientes del género femenino. Su esposa había sido una mujer razonable, pero era una brillante excepción; entre varias de sus seguridades, ésta era, quizás, la principal. Claro que tal convicción no servía para mitigar ni abreviar su viudez, y ponía un límite a su reconocimiento de las posibilidades de Catherine, y de los oficios de Mrs. Penniman. Sin embargo, al cabo de seis meses aceptó la permanencia de su hermana como un hecho consumado, y al crecer Catherine, comprendió que era conveniente que tuviese una compañera de su imperfecto sexo. El médico era extremadamente cortés con Lavinia; escrupulosa y formalmente cortés; y ella no le había visto encolerizado más que una vez en la vida, cuando perdió los estribos, durante una discusión teológica con su difunto esposo. Con ella no discutía de teología, en realidad no discutía de nada; se contentaba con hacer co-

nocer, en forma de lúcido ultimátum, sus deseos con respecto a Catherine.

Una vez, cuando la niña tenía doce años, le dijo:

—Trata de hacer de ella una mujer inteligente, Lavinia. A mí me gustaría que fuese una mujer inteligente.

Al oír aquello, Mrs. Penniman quedó un momento pensativa.

—Mi querido Austin —dijo luego—. ¿Tú crees que es mejor ser inteligente que ser buena?

—Buena, ¿para qué? —preguntó el médico—. Cuando no se es inteligente, no se es buena para nada.

Mrs. Penniman no halló razones que oponer a aquello; posiblemente reflexionó que su gran utilidad residía en su aptitud para muchas cosas.

—Claro que quiero que Catherine sea buena —dijo el doctor al día siguiente—, pero el ser tonta no va a hacerla más virtuosa. Yo no temo que sea mala; en ella no hay malicia. Es «buena como el pan», pero dentro de seis años yo no quiero que la comparen con un pan con mantequilla.

—¿Tienes miedo de que sea insípida? ¡Querido hermano, no temas, yo seré la que proporcione la mantequilla! —dijo Mrs. Penniman, que había tomado a su cargo las «habilidades» de la niña, vigilándola cuando estudiaba piano, para el que Catherine había demostrado un cierto talento, y acompañándola a las clases de baile, donde, preciso es confesarlo, hacía una figura muy modesta.

Mrs. Penniman era una mujer alta, delgada, rubia y bastante descolorida; de disposición amable, poseedora de un alto grado de nobleza, amante de la alta literatura y de carácter tortuoso y oblicuo. Era romántica y sentimental; tenía una pasión por los pequeños misterios y secretos; una pasión bien inocente, pues hasta entonces sus secretos habían sido tan poco prácticos como los huevos hueros. No era del todo veraz; pero aquel defecto no tenía gran trascendencia, pues nunca tuvo nada que ocultar. Le hubiera gustado tener un amante y mantener correspondencia con

él, usando un nombre supuesto y dejando las cartas en un lugar determinado. Debo decir que su imaginación no la llevó nunca más allá. Mrs. Penniman no había tenido ningún amante, pero su hermano, que era muy sagaz, comprendía bien su estado de espíritu. «Cuando Catherine tenga diecisiete años —se decía— Lavinia la convencerá de que un joven de bigote anda enamorado de ella. No será cierto; ningún joven, con bigote o sin él, se enamorará de Catherine. Pero Lavinia tomará el asunto a cargo de ella y le hablará a Catherine; quizás, si no se deja llevar por su amor a las operaciones clandestinas, me hablará a mí. Catherine no le hará caso. Afortunadamente para la paz de su espíritu, la pobre Catherine no es romántica».

Catherine era una niña sana y fuerte, en la cual no había ningún rasgo de la belleza de su madre. No era fea; tenía un rostro vulgar, amable y falto de interés. Lo más que se podía decir de ella, era que tenía un rostro «agradable»; y aún siendo una heredera, nadie la concebía como reina de sociedad. La opinión de su padre acerca de su pureza moral se hallaba ampliamente justificada; Catherine era de una bondad excelente e imperturbable; era cariñosa, dócil, obediente y veraz. De niña fue muy traviesa, y aunque esta confesión no cuadra bien a una heroína, bastante glotona. Que yo sepa, jamás robó pasas de la despensa; pero todo su dinero lo empleaba en comprar pasteles de crema. Respecto a esto, la actitud crítica resulta inadecuada en las referencias francas a los primitivos anales de cualquier biógrafo. Decididamente, Catherine no era inteligente; no se distinguía con los libros; en realidad, no se distinguía en nada. Su deficiencia no era anormal, y había logrado aprender lo suficiente para quedar bien en las conversaciones con sus contemporáneos, entre los cuales, preciso es declararlo, ocupaba un lugar secundario. Es bien sabido que en Nueva York una joven puede ocupar un papel principal. Catherine, que era extremadamente modesta, no tenía deseos de brillar, y en la mayoría de los llamados acontecimientos socia-

les, se la encontraba en segundo término. Quería mucho a su padre y tenía gran miedo de él; creía que era el hombre más inteligente, más apuesto y más celebrado. La pobre muchacha hallaba tal compensación en aquel afecto, que el temor que se mezclaba a su pasión filial, le daba un nuevo sabor, en vez de disminuirla. El mayor deseo de Catherine era complacer a su padre, y su concepto de la felicidad, saber que lo había logrado. Pero no lo consiguió nunca más que hasta cierto punto. Aunque generalmente su padre era muy cariñoso con ella, Catherine se daba perfecta cuenta de aquello, y traspasar aquel punto era uno de los objetivos de su vida. Claro que ella no podía saber la decepción que había causado a su padre, aunque el doctor, en tres a cuatro ocasiones, había aludido claramente a ella. La joven crecía bien y en paz; pero, a los dieciocho años, Mrs. Penniman no había hecho de ella una mujer inteligente. Al doctor Sloper le hubiera gustado estar orgulloso de su hija, pero en la pobre Catherine no había nada para estar orgulloso. Ciertamente tampoco había nada de qué avergonzarse; pero aquello no era suficiente para el doctor, que era orgulloso y le hubiera gustado considerar a su hija como una muchacha fuera de lo corriente. Era natural que fuese linda, graciosa, inteligente y distinguida —pues su madre había sido la mujer más encantadora de su breve tiempo—, y en cuanto al padre, el doctor conocía su propio valor. Tenía momentos de irritación, de haber producido una criatura vulgar, en los cuales llegaba a alegrarse de que su esposa no hubiera vivido lo bastante para enterarse de ello. El mismo tardó mucho en hacer el descubrimiento, y hasta que Catherine no llegó a la edad adulta, el doctor no consideró el caso como irremediable. Le dio el beneficio de muchas dudas; no se apresuró a sacar conclusiones. Mrs. Penniman frecuentemente le aseguraba que su hija tenía una naturaleza deliciosa; pero el médico sabía muy bien cómo interpretar aquella declaración. Para él significaba que su hija carecía del sentido suficiente para comprender que su tía

era una necia —limitación de criterio que no podía menos de serle agradable a Mrs. Penniman. Sin embargo, tanto el médico como su hermana exageraban las limitaciones de la joven, pues Catherine, aunque quería mucho a su tía y estaba consciente de la gratitud que le debía, la miraba sin la partícula de suave temor que ponía el sello a la admiración que sentía por su padre. Para ella, Mrs. Penniman no tenía nada de extraordinario; lo había visto en seguida, la aparición de su tía no la había deslumbrado; mientras que las grandes facultades de su padre parecían, al extenderse, perderse en una especie de luminosa vaguedad, lo cual indicaba, no que se hubieran detenido, sino que la mente de Catherine no podía seguirlos.

No debe suponerse que el doctor Sloper hizo pagar a su hija aquella decepción, ni siquiera que la dejase sospechar que le había jugado una mala partida. Por el contrario, su miedo de ser injusto con ella le hacía cumplir celosamente sus deberes y reconocer que su hija era buena y cariñosa. Además, era un filósofo; fumó muchos cigarrillos para consolarse de su decepción, y al final se acostumbró a ella. Se contentaba diciendo que él no había esperado nada. «No espero nada —se decía—; de modo que si me da una sorpresa, todo marchará bien. Y si no me la da, no habrá pérdida». Aquello era cuando Catherine había cumplido los dieciocho años; por lo tanto, se verá que su padre no había sido precipitado. Por aquella época parecía imposible que Catherine diese una sorpresa; más aún, parecía imposible que la recibiese, tan callada e impasible era. La gente que se expresaba libremente, la llamaba estólida. Pero la impasibilidad de Catherine se debía a su extraordinaria timidez. Aquello no era siempre comprendido, y a veces producía una impresión de insensibilidad. En realidad, Catherine era la criatura más tierna del mundo.

3

De niña, Catherine prometía ser alta; pero a los dieciseis años dejó de crecer, y su estatura, como la mayoría de sus rasgos, no tenían nada de extraordinario. Sin embargo, era fuerte, bien formada y, afortunadamente, tenía una magnífica salud. Ya se ha dicho que el doctor era un filósofo, pero yo no habría respondido de su filosofía si la niña hubiese resultado enfermiza. Su aspecto de salud era su principal atributo de belleza; y su piel fresca, en la cual el blanco y el rojo estaban equitativamente distribuídos, era muy agradable de ver. Tenía los ojos pequeños y tranquilos, los rasgos bastos, las trenzas suaves y oscuras. Los críticos severos decían que era una muchacha vulgar; los que tenían más imaginación, decían que era una muchacha callada y digna, pero ninguno de ellos la discutía a fondo. Cuando le hicieron comprender que era una joven —y tardó bastante tiempo en darse cuenta— desarrolló bruscamente una pasión por los vestidos, pero su juicio en la materia distaba mucho de ser infalible y solía tener grandes confusiones. Su deseo era realmente el deseo de una naturaleza inarticulada que lucha por manifestarse; Catherine quería expresarse en sus vestidos, y recompensar su timidez de lenguaje, con su franqueza en los atavíos. Pero si lograba expresarse en sus trajes, es cierto que no había que censurar a los que la consideraban poco ingeniosa. Hay que añadir que aunque se la creía heredera de una gran fortuna —el doctor Sloper llevaba mucho tiempo ganando veinte mil dólares por año y

ahorrando la mitad de ello—, la cantidad de que disponía no era superior a la asignación de las muchachas pobres. En Nueva York, en aquella época, había aún algunos fuegos encendidos en los altares de la sencillez republicana, y al doctor Sloper le hubiese agradado ver que su hija se presentaba, con clásica gracia, como sacerdotisa de aquella suave fe. En privado, hacía una mueca al pensar que una hija suya podía ser a la vez fea y ostentosa. El médico era aficionado a las buenas cosas de la vida, y hacía un considerable uso de ellas; pero tenía horror por la vulgaridad, e incluso la teoría de que se extendía entre la sociedad que le rodeaba. Además, hace treinta años, en los Estados Unidos no había el lujo de ahora, y el padre de Catherine adoptaba el criterio anticuado en la educación de las jóvenes. El médico no tenía opinión particular sobre el tema; por entonces no era aún un caso de propia defensa el tener una colección de teorías. Para él simplemente era adecuado y razonable que una joven bien educada no llevase su fortuna sobre la espalda. La espalda de Catherine era muy ancha y podía haber llevado una gran cantidad; pero ella no se expuso nunca al enojo paternal, y nuestra heroína había cumplido ya los veinte años antes de permitirse el lujo de llevar un traje de noche de raso rojo, adornado con un fleco dorado, a pesar de que durante años lo había deseado en secreto. Cuando se lo puso, le dio un aspecto de mujer de treinta años; pero a pesar de su gusto por las buenas ropas, Catherine no era nada coqueta, y al ponerse los vestidos pensaba más en cómo quedaban ellos que en cómo le quedaban a ella. En ese punto la historia no ha sido muy explícita, pero la suposición es justificada; con este atavío real, Catherine se presentó en una pequeña fiesta dada por su tía, Mrs. Almond. La muchacha tenía por entonces veintitún años, y la fiesta de Mrs. Almond fue el comienzo de algo muy importante.

Tres o cuatro años antes, el doctor Sloper había trasladado su casa a las afueras. Desde su matrimonio había es-

tado viviendo en un edificio de ladrillo rojo, con albardillas de granito y un enorme montante sobre la puerta, situada en una calle a cinco minutos de marcha del Ayuntamiento, que vio sus mejores épocas —desde el punto de vista social— alrededor de 1820. Después, la marejada de la moda se dirigió hacia el Norte, como tiene que hacerlo en Nueva York, merced al estrecho canal por donde corre, y el ruido del tráfico resonó a derecha e izquierda de Broadway. Por el tiempo en que el doctor cambió de residencia, el murmullo del comercio se había convertido en poderoso estruendo, que era música en los oídos de los buenos ciudadanos interesados en el desarrollo comercial de su isla afortunada. El interés del doctor Sloper en aquel fenómeno era sólo indirecto; aunque al ver que la mayoría de sus pacientes se convertían en hombres de negocios, debía haber sido más inmediato, y cuando la mayoría de las residencias de sus vecinos, también adornadas con albardillas de granito y enormes montantes, fueron transformadas en oficinas, depósitos y agencias marítimas, y aplicadas en mil diversas formas a los bajos usos del comercio, decidió buscar un lugar más tranquilo. El ideal de la tranquilidad y el retiro distinguido, en 1835, fue hallado en Washington Square, donde el doctor se construyó una casa moderna de amplio frente, con una gran terraza delante del gabinete, y una escalera de mármol blanco que conducía hasta un portal recubierto también de mármol blanco. Aquel edificio y muchos de sus vecinos, iguales a él, se consideraban, cuarenta años antes, como el último modelo de la ciencia arquitectónica, y en la actualidad seguían siendo residencias sólidas y honorables. Frente a ellos se hallaba la plaza en la cual había una gran cantidad de vegetación vulgar, rodeada por una cerca de madera, que aumentaba su apariencia rural; y en la esquina estaba el recinto augusto de la Quinta Avenida, que nacía en aquel lugar con un aire tan confiado y espacioso, que indicaba ya sus altos destinos. No sé si se debe a la ternura de las asociaciones primeras, pero dicha